



VII Jornadas de Sociología de la UNLP

"Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales"
La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012

Mesa 2. El jardín de senderos que se bifurcan. Teoría social, teoría sociológica, sociología: la pregunta por lo social y sus múltiples respuestas. Perspectivas contemporáneas

Conceptualizaciones sobre capital social y redes de relaciones sociales. Potencialidades y desafíos para la investigación en estratificación y movilidad social

Gonzalo Seid
GEMIS - IIGG - UBA
gonzaloheid@gmail.com

Resumen

En este trabajo nos abocaremos a revisar algunas conceptualizaciones en torno a las nociones de capital social y de redes de relaciones sociales en la creciente literatura que las aborda. Las distintas perspectivas teóricas en torno a estos conceptos relativamente recientes en la teoría sociológica implican, a su vez, diferencias respecto a la construcción de los objetos de estudio y en sus fundamentos epistemológicos. Teniendo en cuenta que el uso de estos conceptos se ha expandido en distintas áreas temáticas, el examen de los supuestos que conlleva el uso de los mismos resulta una tarea fundamental como momento previo a la toma de decisiones sobre las estrategias metodológicas a adoptar en la investigación. Se procurará poner en diálogo algunos aportes que diversos autores han desarrollado sobre estos conceptos, identificando confluencias y desacuerdos analíticos, y señalando algunas implicancias teórico-metodológicas de su incorporación en la investigación en el campo temático de estratificación y movilidad social.

Introducción

Partiendo del interés en la estructura de clases y en las oportunidades diferenciales de los agentes de verse involucrados en trayectorias diversas de reproducción de clase o de movilidad social ascendente o descendente, consideraremos en este trabajo que resulta necesario incorporar el concepto de capital social en los estudios de estratificación y movilidad social. Para la identificación de mecanismos concretos operantes en trayectorias de enclasmamiento y desclasamiento que posibilitan continuidades y cambios en las posiciones que individuos y familias ocupan en el espacio social, no parece bastar con el análisis de correlaciones entre variables tales como el nivel educativo, la ocupación, el sexo-género, la edad, la condición migratoria, etc. Para explicar por qué se produce o no se produce un ascenso o descenso social, no parece suficiente con la identificación de variables independientes actuando en conjunto, sino que la dimensión de relaciones sociales que entablan los sujetos debería ser tomada en cuenta para la determinación de los mecanismos que hacen que las probabilidades estadísticas se tornen realidades concretas en las vidas de los agentes.

Consideramos que los vínculos sociales son muchas veces dados por sentados por las teorías de estratificación y movilidad, permaneciendo tácitos, aunque sean centrales como mecanismos que permiten articular explicaciones íntegras de los procesos de movilidad, constituyendo algo así como el “cemento” de relaciones sociales que une distintos factores y que permite entender cómo juegan los niveles micro y meso-social en los procesos macrosociales de estratificación. Sostendremos que los vínculos en los que se constituye el capital social no sólo deben ser tomados en cuenta en los análisis de clase, sino que parece necesario profundizar en la investigación de este aspecto de la clase social, que articulándose con la propiedad y las credenciales educativas, puede operar como mecanismo crucial que posibilita la puesta en marcha trayectorias de clase diversas.

En lo que sigue, se expondrán en primer lugar aspectos básicos de las definiciones del capital social en las obras de Pierre Bourdieu, James Coleman y Robert Putnam, para luego proceder a mencionar algunos señalamientos en la literatura de estratificación y movilidad social que parecen confluír en la necesidad de incluir en la investigación esta dimensión que a pesar de ser conceptualizada desde diferentes perspectivas teóricas, todas ellas tienden a dejar la impresión de que un mecanismo explicativo crucial no está siendo analizado y está

quedando como punto ciego, sea por el desacuerdo conceptual o por las dificultades metodológicas para su abordaje. Por último, se considerarán las potencialidades y desafíos para la investigación en estratificación y movilidad social que a nuestro criterio están implicadas en las distintas conceptualizaciones del capital social.

Capital social en sus tres versiones clásicas

Tres autores son referencias obligadas en la conceptualización del capital social. El punto de partida en común es que las relaciones sociales pueden proveer de recursos que impliquen oportunidades de los actores para el logro de sus fines (Ramírez Plascencia, 2005). Sin embargo, las distintas perspectivas teóricas de cada autor han significado diferencias sustantivas en las definiciones y en las potencialidades que se le otorgan al capital social. Mientras que Coleman y Putnam conciben la construcción de capital social como algo que debería lograrse para mejorar la vida colectiva, la concepción de Bourdieu no conlleva una valoración positiva, puesto que al enfatizar su definición en la desigual distribución de este tipo de capital, tiende a funcionar contribuyendo a la reproducción del poder y de la estructura de clases sociales.

Pierre Bourdieu argumenta que las clases sociales son construcciones analíticas, pero bien fundadas en la realidad. Lo que existe no son “clases sociales” tal como se las concibe en el modo de pensar sustancialista, sino un espacio social multidimensional, con diversos factores de diferenciación, poderes sociales o formas de capital: el económico, el cultural, “y en tercer lugar dos formas de capital que están fuertemente relacionadas, el capital *social*, que consiste en recursos basados en conexiones y pertenencia grupal, y el capital *simbólico*, que es la forma que adoptan los diferentes tipos de capital una vez que son percibidos y reconocidos como legítimos” (2000: 106). El capital social siempre funciona como capital simbólico porque está regido por el conocimiento y reconocimiento mutuos.

Estas formas de capital no tienen todas el mismo peso ni cumplen el mismo papel, y el orden de relevancia varía históricamente. El ordenamiento de capitales que señala Bourdieu en relación con su peso en la estructuración del espacio social -en primer lugar el capital económico, en segundo lugar el cultural y por último el social- es válido en las sociedades francesa y estadounidense, pero habría que analizar si se mantiene sin variaciones en América Latina, o si hay un mayor valor del capital social, como sostienen Barozet (2006) y Espinoza (2006) para el caso de la sociedad chilena y, en general, para los países del Cono Sur.

Bourdieu sostiene que el capital social “está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de *relaciones* más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos (...) recursos basados en la pertenencia a un grupo” (2000: 148), “es un capital de obligaciones y «relaciones» sociales, [que] resulta (...) convertible, bajo ciertas condiciones, en capital económico, y puede ser institucionalizado en forma de títulos nobiliarios” (2000: 136). Estas relaciones que constituyen al capital social “tan sólo pueden movilizarse en un plazo breve, en el momento preciso, pero siempre y cuando hayan sido establecidas hace mucho, y se hayan conservado vivas como si fueran un fin en sí mismas. Por eso, la posibilidad de servirse de ese capital exige un coste previo al tiempo de su utilización, a saber, una inversión de sociabilidad planteada necesariamente a largo plazo” (2000: 157).

Se trata de efectos sociales que no son reductibles al agregado de propiedades individuales de los agentes. No parece difícil imaginar dos individuos que contando con similar capital económico y nivel educativo, puedan obtener rendimientos diferentes a partir del capital social que posean o que logren construir. “(...) Esos efectos, en los que la sociología espontánea reconoce de buena gana las «relaciones», resultan especialmente visibles en todos los casos en que diferentes individuos obtienen un rendimiento muy desigual de un capital (económico o cultural) casi equivalente, según el grado en el cual pueden movilizar por procuración el capital de un grupo (...)” (Bourdieu, 2011: 221).

La suma del capital de todos los miembros de un grupo les sirve a todos haciéndolos merecedores de crédito. El capital social tiene una existencia cuasi-real y puede existir siempre que haya relaciones de intercambio material y/o, simbólico, las cuales pueden estar institucionalizadas y garantizadas socialmente, por ejemplo, mediante la adopción de un nombre común del grupo o mediante actos de institucionalización, ritos necesarios para producir y reproducir relaciones útiles y duraderas.

De la pertenencia a estos grupos se derivan beneficios materiales y simbólicos, los cuales constituyen el fundamento de la solidaridad que posibilita la existencia de dichos grupos. La red de relaciones es producto de estrategias de inversión, consciente o inconscientemente dirigidas a entablar las relaciones que sean percibidas como potencialmente más provechosas. El trabajo de relacionarse implica un gasto de tiempo y energía, de capital económico. Este trabajo para acumular y conservar capital social tiene un rendimiento mayor cuanto mayor es el propio capital social. La transformación del capital económico en capital social supone un trabajo específico que consiste en un desembolso aparentemente desinteresado de tiempo, preocupación y esfuerzo, excluyendo cálculos y garantías de reciprocidad -lo que entraña el

riesgo de la ingratitud-. El efecto específico del capital social sólo es posible si permanece oculto que es el capital económico el que le sirve de base.

El grupo se reproduce en el intercambio constante de conocimiento y reconocimiento mutuos, lo que a su vez reafirma sus límites, puesto que la introducción de nuevos miembros pone en juego la identidad de todo el grupo, exponiéndola a redefiniciones. Por ello, resulta necesaria la regulación de los intercambios. Aun cuando las familias hayan perdido el monopolio del establecimiento de estos contactos, se siguen sirviendo de instituciones que provean de ocasiones, lugares o prácticas que reúnan individuos lo más homogéneos posibles, favoreciendo sólo los intercambios legítimos. Asimismo, cada grupo posee formas más o menos institucionalizadas de delegación, que permiten concentrar la totalidad del capital social en manos de uno o unos pocos individuos a los que se les encomienda la tarea de representar al grupo, actuando en su nombre, lo cual por otra parte da lugar a que quepa la posibilidad de malversación del capital social.

El volumen de capital social de un individuo dependerá de la extensión de la red de relaciones que pueda efectivamente movilizar y del volumen global de capitales de aquellos con los que se relaciona. Las maneras forman parte del capital social cuando revelan su modo de adquisición y por ello la pertenencia a un grupo con determinado prestigio. A pesar de su estrecha vinculación con el capital simbólico, económico y cultural, el capital social no es reductible a los otros tipos de capital y ejerce un efecto multiplicador sobre el capital disponible por la concentración de capital social en un grupo. Nunca puede ser independiente del capital económico y cultural, puesto que el reconocimiento institucionalizado en las relaciones de intercambio supone el reconocimiento de cierta homogeneidad objetiva de los miembros de un grupo.

Bourdieu también advierte la contracara de los beneficios del capital social. A propósito de la pequeña burguesía, en *La Distinción*, este autor sostiene que las relaciones de familia y amistad no son una seguridad contra el infortunio, una red de apoyos y protección que brindará una ayuda en caso de necesidad, sino que por el contrario, muchos lazos incluso familiares constituyen un obstáculo para el ascenso individual que deberán ser rotos para lograrlo, puesto que “no son todavía lo que en otras partes se denomina «relaciones», es decir, un capital social indispensable para obtener el mejor rendimiento posible del capital económico y cultural. No son más que grilletes que hay que romper cueste lo que cueste, porque la gratitud, la ayuda mutua, la solidaridad y las satisfacciones materiales y simbólicas que proporcionan, a corto o a largo plazo, forman parte de los lujos prohibidos” (2012: 397).

En suma, podemos afirmar que la definición del capital social en Bourdieu es inescindible de su teoría de la estratificación social y de las diferentes formas de capital que están en juego en los campos -conceptos que a su vez se interrelacionan con el de *habitus*-, es un capital que está desigualmente distribuido en forma análoga a las otras especies de poder y no cualquier tipo de vínculos sociales proveen de recursos de los que se puedan esperar beneficios.

Por su parte, James Coleman (1994, 2000) ha utilizado el concepto de capital social como un dispositivo teórico para analizar el vínculo entre el actor y la estructura social, entre lo micro y lo macro-social, desde la perspectiva de la teoría de la acción racional, pero eludiendo lo que Coleman ha considerado como el sesgo economicista de la *rational choice*. El capital social no es una entidad única, sino que se trata de una variedad de entidades que funcionan de modo tal que un aspecto de la estructura social facilita la realización de ciertas acciones de los actores. A diferencia de Bourdieu, para este autor no se trata de un stock de capital poseído solamente por elites poderosas, sino que también está presente en otros grupos, incluso aquellos más marginales. Se trata de un concepto más amplio que el de Bourdieu porque el capital social para Coleman puede estar implicado en todas las relaciones y estructuras sociales, pero que similarmente a lo planteado por el primero, puede crearse y destruirse y requiere un constante trabajo de mantenimiento para evitar su depreciación con el paso del tiempo.

El capital social tiene una amplia capacidad explicativa y puede estar involucrado en distintas circunstancias, asumiendo diversas formas. Estas formas de capital social que distingue Coleman parecen tener la desventaja de confundir el capital social propiamente dicho con sus efectos o beneficios, como puede ser el acceso a información. Este autor distingue algunas formas en que se expresa el capital social:

-Con los intercambios de favores se generan *expectativas de reciprocidad*, obligaciones de retribución o “pagarés” cuya existencia depende de la confianza y garantías de pago que existan en un determinado entorno social.

-El *potencial de información* de las relaciones sociales puede implicar beneficios a partir de lo que saben los contactos y facilitar el acceso a oportunidades, sin tener que entablar relaciones de reciprocidad necesariamente, con el costo que ello significaría.

-Las *normas y sanciones* efectivas inhiben ciertas acciones y facilitan otras.

-Las *relaciones de autoridad* y la posibilidad de transferencia de derechos de control sobre acciones también constituyen capital social a disposición del actor que detenta autoridad o que recibe derechos de control.

-Las *organizaciones sociales* también pueden constituirse en capital social, tanto aquellas que son intencionales, es decir, en las que se invierte con expectativas de ganancia, u organizaciones sociales apropiables para otros fines distintos a los que le dieron origen.

Desde una perspectiva teórica diferente a la de los otros dos autores, Putnam (1993) se refiere al capital social pero no centrándose en el individuo sino desde una visión comunitaria. Existen diferencias muy relevantes entre las comunidades. Algunas poseen un mayor nivel de capital social, que asume la forma de confianza, normas de reciprocidad y compromiso cívico, lo cual haría posible la cooperación necesaria para el fortalecimiento de la vida republicana y las instituciones democráticas. Las normas de reciprocidad, especialmente cuando son generalizadas, es decir, cuando la retribución no es inmediata y no se reduce a un “toma y daca” específico de equivalentes en un corto plazo, resulta un aspecto del capital social que tiene la potencialidad de superar problemas de acción colectiva de la mejor manera posible. El stock de capital social tiende a generar círculos virtuosos de acumulación, ocurriendo lo inverso en los casos en que se carece de capital social, produciéndose de este modo fuertes desigualdades en las trayectorias históricas de las comunidades cívicas en función de las dotaciones y dinámicas diferenciales de capital social.

Aunque este tipo de visión sobre el capital social no resulte en principio adecuado si se quiere estudiar las oportunidades individuales y familiares de movilidad social, tal vez sí puedan ser útiles las clasificaciones dicotómicas de Putnam del capital social en distintos tipos: formal o informal, denso o débil, orientado a intereses particulares o al interés público. La distinción que ha sido considerada como la más significativa es la que se da entre el capital social vinculante *-bonding-* que une a individuos que son similares con respecto a algún atributo en común como clase o etnia, reforzando identidades y volviendo a los grupos más homogéneos, aglutinados y excluyentes; y el que tiende puentes *-bridging-* que se caracteriza por vincular a personas desiguales, orientándose hacia afuera de los grupos primarios, pudiendo generar reciprocidades más amplias, mayor difusión de información y contactos con activos externos que permiten “aceitar” intercambios y acceder a oportunidades.

Las aproximaciones a la cuestión en los estudios de estratificación social

En lo que sigue, expondremos brevemente diversos señalamientos realizados por algunos investigadores en estratificación y movilidad social, que consideramos que pese a tener distintos posicionamientos teóricos y emplear conceptos que no pueden asimilarse entre sí,

presentan algunas afinidades, puesto que todos ellos marcan dimensiones que han sido desatendidas en este área temática y que no estando saldadas, podrían abordarse a partir de conceptos vinculados a las redes de relaciones sociales, como los de relaciones directas y mediatas de clase, nivel meso-social, o capital social.

Red de relaciones de clase directas y mediatas

Erik Wright (1992) sostiene que para elaborar un concepto de estructura de clase de nivel micro, capaz de aprehender cómo se organizan en relaciones de clase las vidas individuales, “el vínculo simple entre *individuos-en-empleos* y *clases* tiene que ser modificado de varias maneras”. Una de ellas consiste en incluir en la descripción de la estructura de clases no sólo las relaciones directas de clase que se corresponden con los empleos, sino también lo que el autor denomina “posiciones mediatas de clase”, las cuales se derivan de los diversos tipos de redes sociales más que directamente de los diversos tipos de relaciones sociales de producción. “Más que preguntarse en qué clase se encuentra la persona X, cuál es el posicionamiento de clase de la misma, deberíamos preguntarnos cuál es la ubicación de una persona dentro de una red de relaciones de clase directas y mediadas, lo que reflejaría la complejidad de la estructura de clase en el capitalismo contemporáneo” (Wright, 1997:27).

De diversas formas, los intereses de clase pueden estar condicionados por las relaciones sociales además de su relación directa con el proceso de producción, siendo las redes de parentesco y las estructuras familiares el ejemplo más representativo, aunque también la relación con el Estado puede constituir la base de una relación mediata de clase. Los niños, las amas de casa que no trabajan remuneradamente, los desempleados, los jubilados y los estudiantes pertenecen a una clase social a partir de sus relaciones mediatas -principalmente mediante sus familias- con el sistema productivo. Tal como señala Wright y recupera Gómez Rojas (2011), el concepto de relaciones mediatas de clase proporciona una forma de abordar el problema de la interrelación entre clase y familia, siendo particularmente útil para el análisis de clase que incorpore la cuestión de género.

Resulta relevante el hecho de que pueda haber posiciones directas y mediatas contradictorias entre sí para un mismo individuo, lo que consideramos que podría ser de sumo interés para el análisis de movilidad social y hace necesario incorporar el nivel de las relaciones sociales en su estudio. Puede ocurrir que una trayectoria de ascenso social esté vinculada a la puesta en marcha de mecanismos que estaban presentes en potencia en una

relación mediata de clase, por ejemplo, en el caso de una herencia por fallecimiento. Con respecto al caso de las mujeres casadas, para pensar la temporalidad de las posiciones de clase, Wright propone el concepto de “clase sombra”, es decir, la clase que tendrían en caso de que se la mujer separe o enviude, la cual se deriva del posible y frecuente desfasaje entre su posición de clase directa y su posición mediata. En este y en otros casos, el concepto de relaciones directas y mediatas de clase resulta prometedor con respecto a la posibilidad de realizar un análisis que articule clase, género y relaciones sociales.

El nivel meso-social entre lo micro y lo macro

Desde una perspectiva weberiana, los mecanismos de cierre social (Parkin, 1984) son procesos mediante los cuales los grupos procuran mantener un control exclusivo sobre los recursos, limitando el acceso a ellos. Los mecanismos de cierre social excluyente operan reproduciendo las posiciones de privilegio, al mantener determinadas oportunidades y recursos fuera del alcance de los sujetos que no están en posiciones favorecidas. La movilidad social ascendente, por el contrario, implica que algunos individuos pueden sortear los obstáculos que implican estos mecanismos de cierre social y aprovechar oportunidades exitosamente. “La exclusión, en la percepción de quienes la sufren, se establece bajo la forma de barreras a la movilidad que se imponen contra la voluntad individual. La exclusión puede comprenderse también en la acepción weberiana de *clausura*, esto es, como el cierre voluntario y deliberado que hace un grupo para explotar ventajas de monopolio” (Espinoza, 2006). Los mecanismos de cierre social se oponen a otros mecanismos que por el contrario significan aperturas de oportunidades, entre los cuales puede mencionarse el papel de los contactos y redes de relaciones sociales, tanto entre agentes que pertenecen a un grupo favorecido como de estos con otros individuos que están del otro lado de un cierre social y que pueden beneficiarse de sus relaciones interpersonales con los más privilegiados.

La movilidad social intergeneracional, es decir, el desplazamiento entre posiciones sociales de padres a hijos, puede ser explicada a partir de múltiples factores. Sautu (2011) señala que en primer lugar deben considerarse los factores estructurales, especialmente la estructura de barreras y oportunidades educativas y laborales disponibles. Las posiciones a ser ocupadas pueden ampliarse o reducirse: desde ser abiertas a que cualquiera con mérito suficiente pueda ocuparlas, hasta ser cerradas y que exista un fuerte acaparamiento de oportunidades por parte de ciertos grupos privilegiados. En segundo lugar, pueden mencionarse los factores subjetivos

de la movilidad social, como las expectativas, aspiraciones y motivaciones personales, el esfuerzo y voluntad de prosperar, la capacidad de agencia de los sujetos. Entre ambos tipos de factores puede ubicarse un nivel meso-social, de las relaciones sociales, las cuales operan como intermediarias, como mecanismos que hacen posible que los factores macroestructurales operen sobre los individuos, al construir horizontes de expectativas y creencias y, sobre todo, al brindar información sobre oportunidades, contactos y servicios que permiten el aprovechamiento de oportunidades. En el mismo sentido, Dalle (2011: 72) sostiene que el análisis estadístico “no permite captar los múltiples procesos intermedios de transmisión de recursos materiales, sociales y simbólicos entre la posición de clase de origen y la de destino de las personas” ni tampoco indagar en algunos aspectos como puede ser “el conjunto de relaciones sociales que intervienen en los procesos de movilidad social”.

Se trata de sociabilidades, de redes de relaciones sociales que juegan papeles decisivos tanto en la reproducción como en la movilidad de clase de los individuos, y que muchas veces, sostenemos, permanecen implícitos en los estudios de estratificación y movilidad social, siendo sin embargo un factor central sin el cual no serían posibles las explicaciones, puesto que carecerían de mecanismos concretos mediante los cuales los factores estructurales operan sobre los individuos.

El capital social entre los nuevos factores de la movilidad

Kessler y Espinoza (2007) sostienen que si bien pudieron no haber cambiado las trayectorias de movilidad, en la actualidad en América Latina se habría modificado el peso relativo y la combinación de los factores que contribuyen a producirla: el capital social, el capital familiar y la pertenencia a redes habrían cobrado mayor relevancia en los últimos años, perdiendo exclusividad los clásicos factores educación, ocupación e ingresos. Las variables de tipo cultural-funcional y los factores vinculados al capital humano han sido aquellos aspectos en que se han concentrado los estudios tradicionales de estratificación en los períodos de fuerte “movilidad social estructural” situados históricamente alrededor de los años sesenta, mientras que mecanismos de movilidad como capital social, redes o influencia eran menos visibles, aunque igualmente tenían peso en los resultados. En la actualidad, parece necesario buscar nuevas claves de la movilidad ocupacional, y en este sentido, una creciente literatura internacional ha destacado el valor del capital social, aunque aun no haya estudios en profundidad sobre la cuestión para Argentina.

El creciente interés por el papel del capital social en los procesos de movilidad puede entenderse como producto de la “privatización” de los soportes estructurales de la movilidad. Con los procesos de informalización que tienen lugar a partir de la retracción de la “relación laboral normal” y la disolución de normas cristalizadas (Alvater y Mahnkopf, 2008) puede hipotetizarse que en lugar de derechos institucionalizados y universales, hay beneficios informales particulares, a los que se accede a partir del capital social, que juega un rol central en la nueva situación.

Espinoza (2006) sostiene que a partir de sus estudios en la sociedad chilena, entre los trabajadores más calificados que han logrado movilidad social ascendente accediendo a ocupaciones de mayor status, se observa que efectivamente han utilizado sus vinculaciones sociales. Los trabajadores menos calificados, en cambio, si bien han utilizado también contactos laborales en el acceso a sus puestos de trabajo actuales, se observa una diferencia en cuanto a la calidad de las relaciones que hace que tales contactos no les permitan acceder a mejores posiciones. Asimismo, la versión asociativa del capital social, que supone que lo que las familias pobres necesitan para mejorar su situación es involucrarse en redes sociales locales -que ha sido sostenida e impulsada desde organismos internacionales como el Banco Mundial- aparece más debilitada, ya que se trata de contactos que no tienen efecto en las posibilidades de ascenso ocupacional.

Las relaciones sociales que sí parecen tener efectos relevantes en el aumento de chances de acceder a posiciones de alto prestigio son aquellas que se dan fuera de los amigos de confianza, en el marco de redes de mayor tamaño y más variadas, que ofrecen mayores oportunidades de acceso a recursos escasos, especialmente los contactos laborales activos y los institucionales. Este señalamiento coincide con la hipótesis de Mark Granovetter (1973) en lo referido al potencial de la diversidad de vínculos que operan como puente hacia nuevos contactos e información que brindarían oportunidades de movilidad ascendente. Sin embargo, los hallazgos de Espinoza se distanciarían de esta hipótesis en su aspecto central referido a la fuerza de los lazos, ya que los vínculos que mejor han funcionado para el acceso a posiciones ocupacionales de alto estatus no han sido los débiles sino los que implicaban contacto frecuente, confianza y disponibilidad, de modo tal que la intensidad de las relaciones agrega valor a los contactos laborales e institucionales existentes, siempre y cuando no lleguen a ser amigos de confianza muy cercanos, los cuales no brindan nueva información ni contactos a los que posee un individuo, por lo cual serían redundantes en términos de oportunidades.

La evidencia del caso chileno, sostiene Espinoza, parece apuntar a que las vinculaciones informales en el lugar de trabajo, así como los contactos institucionales y las relaciones de

amistad de alta confianza pero con individuos insertos en ámbitos laborales diferentes al de un individuo son los que aparecen favoreciendo el acceso a los puestos de mayor calificación, y que se corresponden con lo que en Chile se conoce popularmente como “pituto”, es decir, un familiar, amigo o conocido ubicado al interior de una estructura burocrática.

En la misma dirección, Filgueira (2007) sostiene que el paradigma clásico en estratificación de mediados del siglo XX se ha venido desarrollando con la introducción reciente del concepto de activos sociales para el estudio de la movilidad social, constituyendo una vía promisorio para el estudio de la estratificación, existiendo una suerte de preparadigma, a partir de los aportes de Moser sobre activos-vulnerabilidad, y Coleman, Bourdieu, Putnam, Evans y Granovetter sobre capital social. Filgueira coincide con Espinoza con respecto a la importancia para la movilidad social de la posesión de activos diferentes a los tradicionalmente considerados (empleo, ingresos y educación) tales como capital social, redes de interacción y pertenencia.

El concepto de activos sociales *-assets-* aun resulta difuso y de difícil precisión, pero refiere al conjunto de recursos con que cuenta una familia para su bienestar. Es un concepto que procura ampliar la mirada más allá de los ingresos y el patrimonio familiar, incluso del capital humano, incluyendo además de estos aspectos, las redes sociales y familiares de apoyo, el acceso a bienes y servicios del mercado o provistos por el Estado. En vinculación con los activos sociales, señala Filgueira que el capital social parece ser el tipo de mecanismo más intangible y normalmente más postergado en los estudios de estratificación y movilidad social. Aunque se sabe que la inserción en redes con fuerte capital social y mayor disponibilidad de activos tales como confianza, apoyo mutuo, información, influencia, mejoran las posibilidades de ascenso social para individuos y familias, las propias características informales que tienden a prevalecer en este tipo de relaciones entrañan desafíos para su estudio. El capital social radica en las interacciones y es un activo altamente intangible porque reside en los vínculos entre las personas y no en ellas. Es una noción que implica que la estructura de relaciones sociales que opera mediante interacciones y redes sociales informales asentadas en mecanismos ajenos al mercado, modela la estructura de oportunidades de los individuos, los hogares y los grupos sociales, proveyéndolos de recursos.

Filgueira sintetiza buena parte del debate en torno al capital social distinguiendo dos de sus formas. Por una parte, los lazos fuertes, con una relativa constitución de normas, obligaciones y expectativas de reciprocidad. Se trata de relaciones estables y continuas, en que los individuos amplían sus recursos movilizables, mediados por un contrato social informal basado en la confianza mutua. Este tipo de vínculos se fortalecen cuando figuras legítimas de

autoridad aseguran el cumplimiento de normas, cuando las redes son más cerradas -de modo que involucran a todos los actores facilitando normas consistentes y efectivas-, cuando el capital social no se consume rápidamente -por ejemplo, como ocurre con la salida de miembros de una red- y cuando se ven reducidas las posibilidades de tipo free-rider -que beneficiarían a un individuo mientras que el grupo asume los costos-.

Por otra parte, la otra forma del capital social es aquella en la que el mismo es entendido como lazos débiles que cuanto más estrechos son -tal como ha sostenido Granovetter en convergencia con teoría de las redes- resulta más probable que no proporcionen información y contactos adicionales a los que ya posee el sujeto, en contraste con las redes abiertas de conocidos que sirven de puente hacia nuevos contactos. El acceso al empleo mediante redes tendría los efectos de acelerar la carrera de movilidad de los individuos en las empresas y de facilitar el éxito laboral individual. Esta forma de capital social serviría para comprender círculos viciosos y virtuosos que se dan en las trayectorias de los individuos, que hacen que, por ejemplo, muchas veces sectores bajos carentes de los denominados vínculos débiles, cuenten sólo con relaciones fuertes y homogéneas, que si bien pueden operar como mecanismo de sobrevivencia que ayudan a no descender, no contribuyen a lograr una movilidad ascendente.

Finalmente, Filgueira advierte sobre la diversidad y complejidad de configuraciones particulares de redes de interacción y la necesidad de prestar atención a redes de interacción que no pasan por la esfera del trabajo. La naturaleza de los bienes que circulan y la hetero u homogeneidad de los contactos son uno de los principales mecanismos que inciden en el desempeño de las personas en la estructura social. Asimismo, debe tenerse presente la importancia de la familia como unidad básica de capital social.

Potencialidades y desafíos para la investigación en estratificación social

Las coincidencias entre los diferentes autores que han conceptualizado el capital social son muy generales y se reducen esencialmente a que las redes de relaciones sociales que entablan los agentes mediante sus intercambios recíprocos pueden proveerlos de recursos y oportunidades para el logro de sus fines. Parece necesario avanzar en la reflexión en torno a qué pueden ofrecer las distintas concepciones del capital social al estudio de procesos de clase y movilidad social.

Los aportes de Putnam, al considerar el capital social como un atributo comunitario y excluir la teorización en torno a la distribución desigual del capital social entre los agentes sociales, no resultan adecuados para estudiar las desigualdades de clase entre los agentes y las oportunidades diferenciales que se originan en que un individuo o familia posea o carezca de este capital. No obstante, la distinción presente en la obra de este autor entre el capital social *bridging* y *bonding* sí puede resultar útil para analizar la naturaleza del capital social que detentan agentes individuales o clases sociales. Estudiar en profundidad el tipo de vínculos que tienen sujetos de distintas clases sociales así como con quienes los entablan puede permitir, por ejemplo, evaluar la relevancia del capital social vinculante para la preservación de una determinada situación de clase ante la amenaza de descenso social, mediante redes de apoyo y ayuda mutua que contienen la caída; o bien las oportunidades que implican los vínculos sociales que tienden puentes con agentes de otras clases sociales o grupos distintos a los que pertenece primariamente el individuo, que pueden brindar recursos e información y constituirse en mecanismos de movilidad ascendente.

La conceptualización de Coleman presenta la dificultad de que no puede ser apartada de la teoría de la elección racional en que se inscribe y del individualismo metodológico que reduce la explicación de los fenómenos sociales al agregado de metas y acciones individuales. Por otra parte, la amplitud y diversidad de fenómenos que pueden ser explicados a partir de esta definición de capital social hace que el mismo esté presente en todas las relaciones sociales y que cualquier aspecto de la estructura social que sirva a los fines e intereses del actor pueda ser entendido como capital social, con lo cual semejante capacidad abarcadora de las redes de relaciones sociales puede dificultar la identificación de la especificidad de mecanismos concretos que operan en unos casos y no en otros. El capital social es para Coleman un bien público capaz de beneficiar a todos por igual, no es propiedad privada de nadie que se beneficie de él y, por lo tanto, al ser para todos no crearía una diferencia sustantiva entre los casos como para hacer explicable por sí mismo un proceso de ascenso o descenso social.

La mirada de Bourdieu parece ser la más adecuada para los estudios de estratificación por considerar al capital social como un componente de su concepción de la clase social. Se trata de una definición del capital social que procura evitar caer en una visión interaccionista de la influencia de las redes sociales en el funcionamiento de los campos, considerando en lugar de ello la coacción estructural del campo que hace que la eficacia económica del capital social dependa de la posición que los agentes ocupan en el campo en cuestión. En sus propias palabras, esta concepción del capital social “se distingue de las definiciones que se propusieron posteriormente en la sociología y la economía norteamericanas, en la medida en

que toma en cuenta no sólo la red de relaciones, caracterizada por su extensión y su viabilidad, sino también el *volumen del capital de diferentes tipos que permite movilizar por procuración*” (2010: 244).

Sin embargo, su definición enfatiza el carácter elitista del capital social al punto de que por momentos parece ser una forma de capital casi exclusiva de la burguesía, lo que se puede inferir de los ejemplos que el autor ofrece de grupos que posibilitan el capital social, tales como clubes exclusivos, colegios de elite, barrios chic, nobleza; es decir, siempre se trata de grupos selectos y prestigiosos, por lo cual parece no tener cabida en la conceptualización de Bourdieu el capital social de quienes no se ubican en las posiciones más privilegiadas del espacio social. Asimismo, Bourdieu enfatiza en que el capital social implica la pertenencia a un grupo con límites definidos, que se reafirman permanentemente y se resguardan con estrictos criterios de admisión que de no cuidarse podrían implicar redefiniciones en la identidad del grupo si ingresaran nuevos miembros que no se ajustan al mínimo de homogeneidad y prestigio del mismo.

De todos modos, la mirada de Bourdieu puede prevenir ante visiones ingenuas o interesadas en torno a un carácter presuntamente democrático del capital social, que omite considerar su desigual distribución y que puede desembocar en planteos como los de algunos organismos internacionales como el Banco Mundial que sostienen que lo que necesitan los pobres para salir de su situación y lograr su “empoderamiento” es la creación y acumulación de capital social, como si el mismo pudiera generarse espontáneamente entre quienes están desposeídos de otras formas de capital.

Con respecto al abordaje metodológico del capital social, siguiendo a Baranger (2000), el análisis de redes sociales aparece como una alternativa plausible para su medición y que no presenta dificultades para compatibilizar los supuestos que conlleva la técnica con el individualismo metodológico y la teoría de la acción racional, puesto que la red forma parte de las condiciones en las cuales el individuo adopta sus decisiones racionales, actuando libre y conscientemente. Sin embargo, no ocurre lo mismo con la perspectiva estructuralista genética bourdieusiana, puesto que no es posible considerar a la interacción como fundamento de la vida social: no resulta adecuado partir del estudio de las relaciones entre individuos porque la primacía la tienen las relaciones entre posiciones en los campos. La estructura de los campos es diferente de las redes en las cuales puede manifestarse y asimismo determina la probabilidad de que se instauren los intercambios que expresan y mantienen las redes. Entonces en lugar de analizar los vínculos particulares y los flujos mediante el análisis de redes, Bourdieu considera preferible el análisis de las estructuras, lo cual puede realizarse

mediante la técnica de análisis de correspondencias. Según Baranger, es posible sin entrar en contradicción con los supuestos bourdieusianos, complementar dicho análisis con el de la estructura de las interacciones mediante el análisis de redes, siempre que se tenga la precaución de no confundir el análisis de las propiedades formales de los sistemas de relaciones entre agentes con el análisis la estructura social y siempre que se tenga presente que la interacción no se explica por sus características intrínsecas sino que está mediada por el *habitus*, que es resultado y condición de la estructura.

Las dificultades metodológicas también son relevantes en lo que atañe a la operacionalización del capital social. Se trata de un concepto complejo, que en el caso de Bourdieu implica una definición conceptual que contiene las relaciones sociales concretas, las percepciones de los actores sobre éstas y su papel en la estructuración del espacio social (Baranger, 2000). Parece que constituye un importante desafío la elaboración de indicadores válidos que logren medir lo que el concepto plantea en su definición teórica sin caer en simplificaciones que desnaturalizarían su sentido.

En un trabajo reciente (Pérez Bruno et. al., 2012: 1884) se remarca que la definición del capital social “no deberá confundirse o mezclarse con sus causas o con lo que lo posibilita, tampoco con sus efectos o aquello que el capital social genera ni con elementos del contexto o aquello que constituye el medio donde se despliega el capital social”, para luego arribar a la siguiente definición teórica del concepto: “la probabilidad estratégica de los sujetos para movilizar recursos desiguales en relación a vínculos establecidos para la concreción de una meta particular”, considerando vínculos, recursos y metas como los aspectos constitutivos de la estructura interna del concepto, a partir de los cuales se debe avanzar en la identificación de sub-dimensiones y la construcción de indicadores.

Por último, cabe insistir en que en el estudio de la movilidad social, el capital social puede resultar un mecanismo clave que opera como posibilitador de la movilización de recursos y aprovechamiento de oportunidades que hace que puedan tener diferentes trayectorias sujetos con las similares condiciones objetivas de origen. La dificultad para aislar el factor capital social de otras variables con las que opera en conjunto, precisamente porque el capital social funciona movilizándolo y poniendo en marcha las otras formas de capital, así como la dificultad para aprehender el tipo de vínculos sociales pertinentes -y no cualquier relación social-, no parecen a primera vista fácilmente compatibles con la estandarización propia de los abordajes predominantes en los estudios de estratificación y movilidad social.

El examen del papel de factores tales como capital social, redes sociales o activos sociales, por sus propias características no podría hacerse sobre la base de los datos censales (Franco,

León y Atria, 2007: 55). Más aún, resulta muy dudoso que puedan abordarse en toda su complejidad mediante estrategias exclusivamente cuantitativas. Llegados a este punto, debemos pensar en abordajes cualitativos de investigación y en métodos y técnicas alternativas para explorar el papel de aspectos como el capital social que son complejos para medir y analizar tanto por la dificultad para su estandarización como para aislarlos de otras variables, poniéndose de manifiesto la necesidad de complementar la investigación estándar en movilidad social con nuevos abordajes teórico-metodológicos que permitan la articulación de teoría y datos necesaria para la explicación y comprensión de algunos de los fenómenos centrales en sociología como son los vinculados a la estructura de clase.

Referencias bibliográficas

Alvater, E. y Mahnopf, B. (2008) *La globalización de la inseguridad. Trabajo en negro, dinero sucio y política informal*. Buenos Aires: Paidós – Entornos.

Baranger, D. (2000) “Sobre estructuras y capitales: Bourdieu, el análisis de redes y la noción de capital social”. En *Revista de Antropología Avá*, número 2, pp. 41-63.

Barozet, E. (2006) “El valor histórico del pituto: clase media, integración y diferenciación social en Chile”, *Revista de Sociología* n°20, dic., pp. 69-96. Universidad de Chile.

Bourdieu, P. (2000) *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Bourdieu, P. (2010) *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.

Bourdieu, P. (2011) *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2012) *La distinción*. Buenos Aires: Taurus.

Coleman, J. (1994) “Microfundamentos y conducta macrosocial”. En Alexander, J. et. al. *El vínculo micro-macro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Coleman, J. (2000) *Foundations of social theory*. Cambridge: Belknap Press.

Dalle, P. (2011) *Movilidad social intergeneracional de la clase trabajadora en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1960-2005)*. Tesis de doctorado - FCS-UBA.

Espinoza, V. (2006) “La Movilidad Ocupacional en el Cono Sur: Oportunidades y desigualdad social”, *Revista de Sociología* N° 20. Chile.

Filgueira, C. (2007) “Actualidad de las Viejas temáticas: clase, estratificación y movilidad social en América Latina”. En Franco, R; León, A; Atria, R. (Coordinadores) *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago: LOM-CEPAL-GTZ.

Franco, R.; León, A. y Atria, R. (2007) “Estratificación y movilidad social en América Latina. Una agenda de trabajo”. En Franco, R; León, A; Atria, R. (Coordinadores) *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*, Santiago: LOM-CEPAL-GTZ.

Gómez Rojas, G. (2011) “Las mujeres y el análisis de clases en la Argentina: una aproximación a su abordaje”. En *Laboratorio Revista de Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social* N° 24, año 12. Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires.

Granovetter, M. (1973) “The strength of weak ties” en *American Journal of Sociology*, vol. 78, N°6 1360-80.

Kessler, G y Espinoza, V. (2007) “Movilidad social y trayectorias ocupacionales en

Buenos Aires. Continuidades, rupturas y paradojas”. En Franco, R; León, A; Atria, R. (Coordinadores) *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago: LOM-CEPAL-GTZ.

Parkin, F. (1984) *Marxismo y Teoría de clases. Una crítica burguesa*. Madrid: Espasa Calpe.

Pérez Bruno, L. et. al. (2012) “Medición y operacionalización del capital social - Estudios comparados”. En Piovani, J. et. al. (ed.) *Memorias del III Encuentro latinoamericano de metodología de las ciencias sociales*. Universidad de Manizales.

Putnam, R. (1993) “The prosperous community. Social capital and public life”. En *American Prospect* vol. 4, 13.

Ramírez Plascencia, J. (2005) “Tres visiones sobre capital social: Bourdieu, Coleman y Putnam”. En *Acta Republicana. Política y Sociedad*, año 4, número 4.

Sautu, R. (2011) *El análisis de las clases sociales: teorías y metodologías*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Wright, E. (1992) “Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases”, *Revista Zona Abierta*, N° 59-60, Madrid.

Wright, E. (1997) *Class counts. Comparative studies in class analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.